



© Mariano Martín Rodríguez

JEAN-EUGÈNE VERHASSELT

El final de una ciudad lacustre

*TRADUCCIÓN E INTRODUCCIÓN DE MARIANO MARTÍN
RODRÍGUEZ*

Si no pretende limitarse a la divulgación del conocimiento mediante la ficción, divulgación que creemos viciada desde el principio por la aplicación al arte de criterios de la ciencia, la escritura ficcional crea su propio mundo, con su propio ordenamiento y leyes internas. En el caso de la ficción especulativa, en la cual ese mundo tiene carácter plenamente secundario y construido (o *subcreado*, si empleamos el término tolkieniano) mediante el ejercicio de la imaginación razonada, lo extraído de la ciencia anterior y coetánea a efectos de esa subcreación es simplemente un material en bruto que los autores transforman como quieren para

conseguir, entre otras cosas, una impresión de verosimilitud de aire científico que contribuya a otorgar mayor credibilidad a lo narrado. Esta verosimilitud ilusoria se supedita, no obstante, a la conveniencia de ofrecer un universo atrayente para los lectores, entre otras cosas desde el punto de vista del interés de la intriga, del retrato de los personajes y del significado que se quiere dar a la obra, sobre todo en su dimensión metafórica y simbólica. Esto es especialmente claro en la ficción que podríamos denominar *protohistórica*.

La llamamos así para distinguirla de la *prehistórica* propiamente dicha ambientada

en el Paleolítico, pues los planteamientos de ambas son bastante distintos. Aunque ambas se nutren de la especulación arqueológica, la ficción *prehistórica* hace hincapié en la relación del hombre primitivo con una naturaleza abrumadora y hostil, mientras que la *protohistórica* lo hace en la propia sociedad humana, que ya ejerce un dominio relativo de la naturaleza, a partir de la invención de la agricultura. En consecuencia, no tenemos ya en ella especímenes u hordas aisladas que luchan por sobrevivir, sino comunidades organizadas cuya recreación ha servido a los autores para presentar en acción, por ejemplo, sus hipótesis sobre los inicios de la desigualdad, coincidiendo con la aparición de jefaturas que parecen monárquicas y de una clase sacerdotal especializada en la fijación de ritos y dogmas. También les ha servido, como en el cuento que comentaremos y traduciremos a continuación, para ofrecer imágenes narrativas de los orígenes de la guerra a raíz de la sedentarización, fenómeno que implica una territorialidad por la que las comunidades quedan crecientemente delimitadas y empiezan a guardar entre sí relaciones que en ocasiones pueden ser bélicas, cuando las rivalidades por la tierra y sus recursos limitados se dirimen mediante la violencia.

Esta ficción *protohistórica* y sus temas tienen su origen en uno de los descubrimientos arqueológicos más influyentes culturalmente en Europa. Cuando una bajada del nivel de las aguas dejó al descubierto en 1854, en el lago de Zúrich, los restos materiales de unas poblaciones agrarias primitivas que habrían vivido en casas sobre palafitos, tal hallazgo suscitó un enorme interés internacional, no solo entre los especialistas, para quienes el estudio de tales vestigios supuso el arranque de la investigación sobre el Neolítico, sino

también del público y de varios escritores. El primero de estos es, que sepamos, el británico Arthur Helps (1813-1875) con su novela «The Story of Realmah» [Historia de Realmah], que constituye la pieza central de su libro misceláneo *Realmah* [Realmah] (1868). Lo siguieron el francés Élie Berthet (1815-1891) con otra novela, «La cité lacustre» [La ciudad lacustre], incluida en su volumen de narraciones de la prehistoria *Le Monde inconnu* [El mundo desconocido] (1876), y el alemán Friedrich Theodor Vischer (1807-1887) con «Der Besuch» [La visita], otra novela, intercalada en otra mayor de ambientación contemporánea titulada *Auch Einer* [Uno también] (1879). En todas ellas y en las numerosas que las sucedieron sobre todo en francés y alemán, las poblaciones lacustres recién descubiertas son el escenario principal de aquellas especulaciones ficcionales sobre los orígenes de la civilización y sus instituciones que definimos como típicas de la ficción *protohistórica*. Aunque la aparición de otros yacimientos de la misma época en terrenos no lacustres sirvió para ampliar los escenarios protohistóricos europeos en narraciones como «L'offrande à la déesse» [*La ofrenda a la diosa*] (1890; *Le Miroir des légendes* [Espejo de leyendas], 1892) de Bernard Lazare (1865-1903), los poblados de palafitos siguieron protagonizando esta clase de ficción hasta bien entrado el siglo XX. Entre los ejemplos que podrían aducirse se cuenta un cuento belga que reviste especial interés no solo por el interés intrínseco de su visión de aquella antigua sociedad lacustre especulada, sino también por la claridad con que nos muestra que la ciencia, incluida la arqueológica, está en la literatura al servicio de la ficción, y no al revés.

En mayo de 1915, en plena ocupación alemana de Bélgica durante la Gran Guerra,

los lectores del diario *Le Messenger de Bruxelles* [El Mensajero de Bruselas]¹ pudieron disfrutar de una narración breve titulada «La fin d'une cité lacustre» [*El final de una ciudad lacustre*] y firmada por Jean-Eugène Verhasselt, de quien no sabemos más que el nombre, si este no es un seudónimo. Verhasselt la recogió luego en un fino volumen de cuentos variados que llevaba el título de *Au hasard de ma plume* [Al correr de mi pluma]², del que esa narración es la única suya que se ha recogido modernamente, en su versión de *Le Messenger de Bruxelles*, en una antología de ficción prehistórica³.

Esta narración no es novelesca si entendemos por tal aquella que presenta los actos privados de personajes individualizados. Todos los actantes son colectivos en esta historia del ataque con nocturnidad y alevosía que sufre una población lacustre por parte de una comunidad rival. Los atacantes constituyen una masa, sin distinción alguna de personalidades y sin nombres propios indicados. Sus posibles voluntades y caracteres individuales no cuentan en el relato de un acto anónimo que plasma fuerzas históricas. Igual les ocurre a sus víctimas, que quedarán expulsadas del curso de la historia al caer víctimas del exterminio, pese a la reacción de sus escasos guerreros supervivientes, los cuales combaten en vano a quienes habían quemado vivos a sus familiares, mujeres y niños incluidos. Si su defensa produce un número alto o no de bajas entre los guerreros de la expedición contraria, es algo que la narración no especifica. Verhasselt solo nos indica que la lucha se salda con un festín para las fieras, que habían acudido en masa a alimentarse de la sangre y cuerpo de los luchadores humanos. Este detalle subraya finalmente que la narración, de

aire formalmente historiográfica, es realmente una narración fabulosa tendente a la parábola.

Si lo histórico se sugiere mediante los topónimos y gentilicios referidos a las poblaciones célticas prerromanas de la región actual de Saboya, las cuales solían efectivamente luchar entre sí, el autor sabría seguramente no solo que los celtas vivieron en esa región en una época muy posterior a la de las poblaciones lacustres de la arqueología decimonónica, sino sobre todo que ninguna fiera intervendría en un combate entre humanos y, menos aún, mediando un incendio. Tampoco se juntarían especímenes de especies tan diversas como osos, hienas y mamuts, que ni siquiera viven en cavernas, además de haberse extinguido en Europa milenios antes de la época de los hechos relatados. ¿Por qué infringió el autor de manera tan evidente para cualquier persona culta algunas de las escasas certezas de la paleontología y la arqueología alcanzadas ya entonces? La respuesta es literaria. Verhasselt señala al final del cuento, al comparar el comportamiento de hombres y animales, que aquellas fieras no igualaban en brutalidad al *Homo sapiens*. Así pues, la verdad de la ficción no tiene aquí carácter científico, sino puramente simbólico. Se trataba probablemente de mostrar un episodio de violencia y crueldad humanas extremas, cuyas manifestaciones estaba presenciando el autor directamente en su tiempo, en las horribles masacres de las trincheras de la Primera Guerra Mundial (1914-1918) y en los bombardeos y cañoneos que estaba sufriendo la población civil en aquellos años aciagos. La transferencia de la matanza a la protohistoria sugería que eso no era nada nuevo, sino que respondía a unas dinámicas que habrían

¹ En la página 3 del número 177, de 10 de mayo de 1915.

² Hemos realizado la traducción castellana del cuento sobre el texto francés de esta edición: Jean-Eug. Verhasselt, «La fin d'une cité lacustre», *Au hasard de ma plume. Contes et nouvelles*, Bruxelles, Ernest Maurau, 1916, pp. 13-15.

³ *Vestiges d'un monde antédiluvien* [Vestigios de un mundo antediluviano], Périgny, Bibliogs, 2016, pp. 77-78.

empezado muchos siglos atrás, al menos en la época en que la *civilización* tuvo su principio y cuando la humanidad habría empeorado la propia violencia intrínseca del estado natural, simbolizado por las fieras. De esta manera, los *errores* científicos son precisamente los que sirven de vehículo al significado antropológico del texto, cuya literariedad subrayan, igual que lo hacen las notas retóricas de un descriptivismo decadentista que intensifican

la impresión gráfica de realidad viva, a la que también contribuye el tono engañosamente historiográfico del conjunto, pese a la imposibilidad de algunos de sus detalles. Esta imposibilidad lo es si nos referimos a la realidad fenoménica del mundo primario, pero no lo es tal en la ficción, si nos atenemos a su función simbólica, que parece ser la predominante en esta curiosa muestra de ficción *protohistórica* especulativa y fantástica a la vez.

EL FINAL DE UNA CIUDAD LACUSTRE

La noche extendía sus tinieblas espesas sobre las cabañas coronadas de hierbas secas de una ciudad lacustre del pintoresco lago de Aiguebelle, cuyos habitantes (unos cuarenta varones, mujeres y niños de la tribu de los alóbroges) dormían extenuados por las fatigas y las emociones de una peligrosa jornada de caza.

A lo lejos, en los soberbios bosques que cubrían las laderas abruptas de Sapaudia, los osos, las hienas, los mamuts y las grandes fieras de las cavernas rugían lúgubrementemente en la noche sin luna, y el eco devolvía, profundamente siniestros, sus feroces rugidos.

Pero no todos los seres humanos de aquella bella región dormían.

Había quienes velaban mientras los moradores de la aldea acuática, confiando demasiado en su aislamiento y sabiéndose al abrigo de la fauna gigantesca que erraba en los bosques próximos, aprovechaban la noche para tomarse un descanso reparador.

Se confiaban en verdad demasiado, pues en la sombra opaca se preparaba un drama terrible,

un drama feroz cuyo origen estaba en un viejo odio de vecindad, reavivado por una disputa de caza.

En las riberas del lago, los habitantes de otra ciudad en el agua, animados por un odio feroz y sombrío, ponían en ejecución el proyecto de venganza elaborado por uno de ellos.

Allí estaban unos quince mocetones reunidos, vestidos todos en pieles crudas, que recogían cieno y lo modelaban en forma de bolas, mientras otros, escondidos al abrigo de los helechos enormes, las cocían en una fogarada de broza bien seca...

Luego de repente, en la noche opresiva, en la noche angustiosa, un hábil hondero lanzó un proyectil en plena incandescencia sobre los techos de bálago de las chozas. Rayó las tinieblas con un resplandor fulgurante, pero sin duda había calculado mal la distancia, pues la bola de fuego falló el blanco apuntado y cayó en las aguas serenas del lago, en las que se hundió violentamente y se apagó chisporroteando.

Pero otros honderos, más hábiles que el primero, se aplicaron a la tarea y se pudo distinguir claramente, en la noche negra, que alcanzaban su blanco, pues una llamita solapada pronto serpenteó a lo largo de las tablas que sostenían la aldea acuática y chispeó refulgente a ras de agua.

Y en el techo de las cabañas se inflamaron las hierbas secas, mientras el viento arrastraba y hacía remolinear ramillas medio consumidas.

Y pese a que las bombas rudimentarias rayaban en número cada vez mayor la opacidad de la noche, todos los habitantes de la ciudad lacustre seguían sumidos en el sueño más profundo y pesado...

Pero, súbitamente, las techumbres se inflamaron y la llama solapada, vuelta terrible de súbito, prosiguió su obra implacable de destrucción.

El siniestro despertó de golpe a los habitantes sobresaltados del islote en llamas, los cuales se precipitaron enloquecidos fuera de sus cabañas gritando de terror.

El eco devolvió sus alaridos salvajes de espanto, desesperación y cólera, que se confundieron y mezclaron, lúgubres, con los hondos rugidos de los osos, las hienas, los mamuts y las grandes fieras, a las que el trágico espectáculo había hecho salir de sus cavernas...

Poco después, el fuego hacía estragos... Unas tras otras, las chozas se derrumbaron en las aguas del lago, restallando con fuerza, y arrastraron a los habitantes de la población a una muerte horrible, a una muerte atroz. Mujeres, niños, varones perecieron quemados vivos o ahogados.

En las riberas del lago proseguía el drama. Los varones que habían podido escapar a nado, entablaron con sus enemigos un combate terrible, mientras que, en el firmamento, grandes nubes se rasgaban y descubrían el astro de la noche, y un rayo de luna iluminaba el teatro de esa extraña lucha. Extraña en verdad, y también grandiosa en su trágica belleza, pues de las montañas cercanas, saliendo de sus guaridas, bajaron las grandes fieras, las cuales se lanzaron, rugiendo horrorosamente, a la gran refriega y participaron en la espantosa matanza... Y fueron ellas quienes, al romper el alba, mientras se elevaban hacia las nubes, barridas por la brisa de la mañana, algunos vellones de humo blanco, últimos indicios del incendio nocturno; fueron ellas, repito, quienes quedaron vencedoras en el drama desgarrador en el que se habían enfrentado el hombre y la fiera, y un adversario aún más temible: el hombre mismo.